

¿Ocaso o alborada de los ídolos?

Nietzsche era consciente de la dificultad de una existencia radicalmente atea. En su opinión, los ídolos, como una especie de sombra nostálgica de Dios, pervivirán todavía durante mucho tiempo, resistiéndose al espíritu desacralizador del hombre moderno. Yo comparto esa opinión, aunque me pregunto si lo que queda tras la muerte de Dios es realmente el *ocaso* de los ídolos —como pensaba el filósofo alemán (1)— o más bien su *alborada*. Pero, tanto en un caso como en otro, lo que parece claro es que el mundo occidental es víctima de un grave error cuando piensa que la idolatría es ya una pieza de museo.

Luis González-Carvajal *

Actualidad de la idolatría

NATURALMENTE, ningún occidental tributa culto a un trozo de madera pintarrajeado, pero debemos

(1) Cfr. Nietzsche, Friedrich: *El ocaso de los ídolos (Obras Completas)*, t. 4, Prestigio, Buenos Aires, 1970, pp. 79-181.

* Teólogo. Profesor de la Facultad de Teología de la U. P. de Salamanca (Sede de Madrid).

superar esa noción simplista de la idolatría. Desde el punto de vista fenomenológico un ídolo es cualquier realidad a la que el hombre reverencia por encima de todas las demás y ante la cual se inclina. Lutero, por ejemplo, se preguntaba en su *Catecismo Mayor*: «¿Qué significa tener un Dios o qué es Dios?» Respuesta: «Dios es aquel de quien tenemos que esperar todos los bienes y en quien debemos tener amparo en todas las necesidades. Por consiguiente, «tener un Dios» no es otra cosa que confiarse a él y creer en él de todo corazón. La confianza y la fe de corazón pueden hacer lo mismo a Dios que al ídolo. En aquello en que tengas tu corazón, en aquello en que te confíes, eso será propiamente tu Dios» (2).

Ayer los ídolos se llamaban Baal, Mot o Astarté y eran fácilmente reconocibles. Hoy tienen otros nombres que veremos en seguida, pero como Dios es el objeto *oficial* de veneración, los ídolos actuales ya no se reconocen como lo que son: los objetos *reales* de veneración del hombre.

La riqueza

EL dinero es un ídolo muy antiguo, pero quizás en nuestros días es todavía mayor el peligro de idolatrarlo dado que el sistema capitalista viene predicando desde hace un par de siglos que la búsqueda egoísta del lucro personal es y debe ser el motor de la actividad económica.

Podríamos reconstruir así el proceso: El dinero comenzó siendo tan sólo un *medio* para facilitar los intercambios comerciales y medir el valor de las cosas. Hasta aquí no hay nada que oponer. Sin dinero tendríamos que volver a los trueques directos de aquellos mercados aldeanos a donde acudían los campesinos con una cabra y se volvían con un par de zapatos nuevos. Sin embargo, pronto el dinero dejó de ser un medio y empezó a ser un *fin* buscado por sí mismo, como una forma de acumular riquezas y, con ellas, poder. El siguiente paso fue convertirlo en el *fin supremo* de la vida, por encima de Dios. Como decía irónicamente Marx, «¡acumular, acumular! En esto consisten la Ley y los Profetas».

Jesús era perfectamente consciente de que el amor al dinero no afectaba sólo al séptimo mandamiento del Decálogo, sino también, y sobre todo, al primero: «No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Éx 20, 3;

(2) Lutero, Martín: *Catecismo Mayor (Obras, t. 5, Paidós, Buenos Aires, 1971, pp. 45-46).*

Dt 5, 7). Por eso fue tan rotundo: «No podéis servir a Dios y a Mammón» (Mt 6, 24; Lc 16, 13). El hecho de que la Iglesia antigua dejara esta palabra sin traducir se debe probablemente a que la consideraban como el nombre de un ídolo. El mismo verbo servir (*δουλεύειν, doyleúein*) ya es significativo porque suele designar una actitud cultural. Los escritos apostólicos insisten en la misma tesis: «La codicia es una idolatría» (Col 3, 5; cf. Ef 5, 5).

El poder

OTRA manifestación de idolatría muy actual es el poder político. Sin duda, la pasión por el poder forma parte de la patología de la política, pero se da con mucha frecuencia. Es fácil comprender por qué el poder embriaga a los hombres: tienen la sensación de estar haciendo historia, todo el mundo se pliega a sus órdenes, etc. El proceso es semejante al que descubrimos en la idolatría del dinero. El poder comienza siendo tan sólo un *medio* para servir a los semejantes y establecer un modelo de sociedad que juzgamos bueno. Después empieza a buscarse como un *fin* en sí mismo (como decía Sancho Panza, «es bueno mandar, aunque sea a un ható de ganado» [3]). Por último se considera como el *fin supremo* de la vida. Edward Spranger, en su clasificación de los diversos tipos de personalidad, afirma que «el hombre político puro pone al servicio de su voluntad de poder todas las esferas de valor de la vida» (4).

No son sólo los ostentadores del poder quienes tienden a sacralizarlo. A veces los mismos súbditos lo rodean de una aureola sacral. Recordemos, por ejemplo, que Hitler fue llamado «el Mensajero de Dios»; en las construcciones oficiales de la Alemania nazi se leía la inscripción: «¡Todo se lo debemos a nuestro Führer!» Y no paró ahí la cosa. En lugar del «rinconcito de Dios», que solía haber en las casas alemanas para orar, se instaló otro «rincón de Dios» en el que aparecía, junto con la cruz gamada, el retrato de Hitler. Incluso se enseñó a los niños a rezar al dictador: «Juntar las manecitas, inclinar la cabecita, / pensar con devoción en el Führer / que nos da trabajo y pan / y nos libra de toda miseria...» (5).

(3) Cervantes, Miguel de: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha (Obras Completas)*, t. 2, Aguilar, Madrid, 17.ª ed., 1970, p. 1649.

(4) Spranger, Edward: *Formas de vida*, Revista de Occidente, Madrid, 7.ª ed., 1972, p. 261.

(5) Cfr. Guardini, Romano: *El Mesianismo en el mito, la revelación y la política*, Rialp, Madrid, 1948, pp. 144-149.

También debemos citar aquí el caso de la China comunista, donde los campesinos atribuían poderes poco menos que milagrosos al Libro Rojo de Mao. Un hombre tan poco sospechoso como Pablo Neruda dice en sus memorias: «Yo vi cómo centenares de seres agitaban en sus manos un librito rojo, panacea universal para vencer en el ping-pong, curar la apendicitis y resolver los problemas políticos» (6).

Parece, pues, que no resulta superfluo en pleno siglo XX el mensaje de los Padres Conciliares a los gobernantes: «Honramos vuestra autoridad y vuestra soberanía, respetamos vuestra función, reconocemos vuestras leyes justas, estimamos a los que las hacen y a los que las aplican. Pero tenemos una palabra sacrosanta que deciros. Hela aquí: Sólo Dios es grande» (7).

Ya los profetas de Israel habían denunciado como idolatría camuflada del poder político la que se produce cuando los súbditos esperan de él lo que es una cualidad exclusiva de Dios, la capacidad de salvar. Muy significativa es, por ejemplo, la denuncia que hizo Jeremías de las alianzas de Israel con Egipto y Asiria. Los israelitas habían dejado de confiar en Yaveh y sentían la necesidad de un nuevo «dios» que les protegiera. Ese «dios» será unas veces Asiria y otra veces Egipto. El profeta se lo reprocha: «¿Qué cuenta te tiene encaminarte a Egipto para beber las aguas del Nilo?, o ¿qué cuenta te tiene encaminarte a Asur para beber las aguas del Río?» (Jer 2, 18); imágenes que sólo se entienden a la luz de lo que el mismo profeta había escrito cinco versos antes: «Doble mal ha hecho mi pueblo: A mí me dejaron, Manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen» (Jer 2, 13). Dejaron, pues, a Dios —manantial de aguas vivas— para confiar en Egipto y en Asiria, que son tan sólo cisternas agrietadas.

Como es lógico, no toda alianza política tiene tintes idolátricos. De hecho, el mismo Jeremías aprobó la alianza con Babilonia (cap. 27). Eso indica que lo malo no es el poder político como tal, ni las alianzas, sino la posibilidad de que los súbditos lo absoluticen esperando de él una salvación que sólo Dios puede dar; o bien que el poder político se absolutice a sí mismo reclamando una sumisión absoluta, que sólo a Dios corresponde. Esto último es lo que plantea claramente Jesús en el famoso episodio

(6) Neruda, Pablo: *Confieso que he vivido*, Círculo de lectores, Barcelona, 1978, p. 257.

(7) Concilio Vaticano II: *Constituciones, Decretos, Declaraciones, Legislación postconciliar*, BAC, Madrid, 7.ª ed., 1970, p. 838.

del tributo al César: Es legítimo pagarle tributo, pero debemos negarle aquella sumisión absoluta que sólo Dios merece: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21 y par.). Como ha dicho expresivamente Cosmao, Jesús reduce «al César a recaudador de impuestos» (8).

La violencia

TODOS los que tenemos cierta edad recordamos todavía los acontecimientos que tuvieron lugar en 1969 en la aldea vietnamita de Song My, cuando un grupo de soldados norteamericanos, a las órdenes del teniente Calley, dieron muerte a sangre fría a 102 civiles vietnamitas. Al regresar a Estados Unidos un fotógrafo militar refirió lo que había visto: «Todo duró unos treinta minutos, nada más. Junto a mí algunos soldados prendían fuego a las casas. Un viejo vino hacia nosotros trayendo dos niños en brazos. El mayor decía «no, no». Se oyó una ráfaga de metralleta. Los tres cayeron. Así empezó. Después encontramos un grupo de mujeres y niños. Un soldado se adelantó y cogió a una muchacha de unos trece años. Empezó a desnudarla. La madre corría gritando pero los soldados la inmovilizaron a ella y a las otras mujeres. Comprendí que iban a matarlas y grité que se estuviesen quietos. Tomé una foto y escapé. Antes de oír los disparos no resistí y volví la cabeza. Después me fue imposible tomar una fotografía del montón de cadáveres. Trajeron otro grupo. También mujeres y niños. El soldado que apuntaba con la ametralladora estaba a mi derecha; al lado, en pie, el hombre que pasaba los carretes. De una choza trajeron dos niños; el más pequeño de unos cuatro años. Cuando dispararon, el mayor se arrojó sobre el pequeño para protegerlo con su cuerpo. Estaban ya muertos, les dispararon seis tiros por la espalda. Me impresionó la despreocupación, la rutina. Después vino otro grupo numeroso en el que también había hombres. Mientras esperaban otros carretes, los soldados disparaban con los lanzagranadas. Los cuerpos se desintegraban, se veían los huesos saltar por el aire. Desde una choza salió un niño arrastrando un pie herido, en dirección de un montón de cadáveres. Daba vueltas de un lado para otro, llorando, como si buscara a alguien. Un soldado se puso de rodillas, apuntando

(8) Cosmao, Vincent: *Transformar el mundo*, Sal Terrae, Santander, 1981, p. 189.

con cuidado. Disparó y se echó a reír. Dejó caer la cámara fotográfica y vomité» (9).

Cualquier persona normal se estremece al leer una cosa semejante. Y, sin embargo, cuando en 1971 comenzó el juicio contra el teniente Calley, recibió diez mil cartas de admiración; fueron más de mil las declaraciones de amor e incluso le hicieron propuestas de matrimonio; la compañía de transportes Delta se ofreció a mantener siempre a su disposición una plaza de primera clase en sus aviones y el presidente de un banco se brindó a solucionar todos sus problemas financieros. Parece, pues, que la violencia ejerce una extraña fascinación sobre los hombres.

Hace unos años René Girard intentó demostrar en un famoso libro que, a lo largo de la historia, ha existido siempre una estrecha relación entre violencia y sacralidad (10). En todo caso, episodios como el que acabamos de recordar ponen de manifiesto que la violencia goza de ese carácter a la vez «tremendo y fascinante» que la fenomenología de la religión encontró siempre en lo santo.

El salmista decía a Dios: «Sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve» (Sal 31, 3). En cambio, después de la Segunda Guerra Mundial, las grandes potencias, lanzadas a una absurda carrera de armamentos, parecían decir: «La bomba atómica es nuestra roca y nuestra salvación».

Nuevamente los profetas de Israel plantean una alternativa excluyente: Yaveh (y la confianza en él) o bien el poderío militar (y la confianza en él). Yaveh, Dios celoso, no tolera la confianza en el poderío militar de la misma forma que no soporta la confianza en otros dioses. Fue Oseas el primero en denunciarlo: «Olvida Israel a su Hacedor (...), Judá multiplica las ciudades fuertes» (Os 8, 14); «Por haber confiado en tus carros, en la multitud de tus valientes (...), todas tus fortalezas serán devastadas» (Os 10, 13-14).

Muy clara aparece la alternativa entre el militarismo y Dios en Is 31, 1: «¡Ay de los que se apoyan en la caballería y fian en los carros porque abundan y en los jinetes porque son muchos; mas no han puesto su mirada en el Santo de Israel!». Así, pues, los dioses en quienes los israelitas confiaban su salvación eran los caballos, carros, jinetes, arcos, escudos, fortalezas, etc.

(9) Apareció en el periódico *Plain Dealer*, de Cleveland (Ohio), el 20 de noviembre de 1969.

(10) Cfr. Girard, René: *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona, 1983.

Algunos ídolos más

TAMBIÉN la persona amada puede convertirse en un ídolo. En la literatura universal —especialmente entre los poetas— encontramos frecuentes testimonios sobre el particular. El autor de *La Celestina* confiesa que escribió la famosa tragicomedia «en reprensión de esos locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigos llaman y dicen ser su Dios» (11).

Más allá de la literatura, es un fenómeno que encontramos a menudo en la vida real. En su famoso libro *El arte de amar*, el psico-sociólogo Erich Fromm escribe: «Una forma de pseudoamor, que no es rara y suele experimentarse como el ‘gran amor’, es el amor idolátrico». La persona que ama «está enajenada de sus propios poderes y los proyecta en la persona amada, a quien adora como al «summum bonum, portadora de todo amor, toda luz y toda dicha». «Puesto que ninguna persona usualmente puede, a la larga, responder a las expectativas de su adorador, inevitablemente se produce una desilusión, y para remediarla se busca un nuevo ídolo, a veces en una sucesión interminable» (12).

Con frecuencia la experiencia amorosa genital despierta una expectativa de plenitud, dotándose así de atributos divinos. Hace ya quince años el actual obispo de Zamora, don Juan María Uriarte, observaba: «Es posible que la distancia (¿recelosa?) ante la sexualidad que traspasa la moral cristiana nazca justamente de la intuición, no formulada pero viva, de que la sexualidad se erige con una pretensión de absoluto que rivaliza con el Absoluto de Dios» (13).

Un último ejemplo de idolatría podrían ser ciertos ideales revolucionarios, como el marxismo. «El Partido —escribe Bochenski— es la encarnación de dios» (14) (nótese que el Partido está escrito con mayúscula y dios con minúscula). Seguramente si no avisara a quien me lea que los siguientes versos de Neruda pertenecen a una poesía titulada «A mi Partido», pensaría que están dedicados al Dios de la fe cristiana: «Tú me has hecho hermano de todos los hombres antes desconocidos (...), tú me has demos-

(11) Rojas, Fernando de: *La Celestina*, Aguilar, Madrid, 7.ª ed., 1987, p. 37.

(12) Fromm, Erich: *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 1982, p. 98.

(13) Uriarte, Juan M.: «Ministerio sacerdotal y celibato»: *Iglesia Viva* 91-92 (1981) 74.

(14) Bochenski, J. M., y Niemeyer, G.: *Handbuch des Weltkommunismus*, Freiburg, 1958, p. 47.

trado que el dolor del individuo desaparece en la victoria de todos (...), tú me has transformado en indestructible, porque contigo no acabo en mí mismo».

Para terminar esta descripción de los ídolos conviene señalar que frecuentemente unos arrastran a otros. «Tengo para mí —decía Teresa de Jesús— que honras y dineros casi siempre andan juntos, y quien quiere honras no aborrece dineros» (15).

Dios da vida; los ídolos, muerte

ES en su función liberadora donde Yaveh aparece como el verdadero y único Dios, mientras que la vanidad de los ídolos se manifiesta en su incapacidad para salvar. Polemizando contra los dioses paganos, escribe Isaías: «Sacan oro de sus bolsas, pesan la plata en la balanza, y pagan a un orfebre para que les haga un dios, al que adoran y ante el cual se postran. Se lo cargan al hombro y lo transportan, lo colocan en su sitio y allí se queda. No se mueve de su lugar. Hasta llegan a invocarle, mas no responde, no salva de las angustias» (Is 46, 6-7; cf. Sal 115).

En realidad, los ídolos no sólo son incapaces de salvar, sino que —como el mítico dios Moloc— exige sacrificios humanos. Por los diamantes, por ejemplo, los hombres han conspirado, asesinado y cometido traiciones y crueldades. La fama del diamante «Gran Mogol» indujo al Sha Nadir a saquear la ciudad india de Delhi. El deseo de poseer el «Kon-i-Noor» fue uno de los motivos que impulsaron a Auzungzeb a regar la India de sangre, a degollar a sus tres hermanos y a destronar y encarcelar al Sha Jehan, su padre. El diamante «Sancy», perdido por Carlos el Temerario en la batalla de Morat en 1476, fue tragado por un servidor fiel para salvarlo de unos ladrones, que le mataron y extrajeron la piedra de su estómago; y ha pertenecido sucesivamente a Escocia, Inglaterra, Francia, España y Rusia...

No hace falta recordar las muertes generadas por el poder político divinizado (más arriba poníamos los ejemplos del nazismo y de China comunista) o por el militarismo. Están en la mente de todos.

(15) Teresa de Jesús: *Camino de Perfección*, cap. 2, n.º 5 (*Obras Completas*, BAC, Madrid, 4.ª ed., 1974, p. 200).

Lucha contra los ídolos

PUESTO que los ídolos matan no debe extrañarnos que sea la Iglesia latinoamericana quien denuncie este tema al que las iglesias del primer mundo han prestado menos atención. La idolatría y sus consecuencias se menciona varias veces en el Documento Final de Puebla (nn. 405, 491, 493, 487 y 500), así como en la *Sollicitudo rei socialis* (n. 37) de Juan Pablo II.

Erich Fromm sugirió en cierta ocasión que la lucha contra la idolatría podría y debería unir a los hombres de diferentes religiones y a quienes carecen de religión: «¿No es hora de dejar de discutir sobre Dios y de unirse, por el contrario, para desenmascarar las formas contemporáneas de idolatría? Hoy no es Baal y Astarté, sino la deificación del Estado y de la fuerza en los países totalitarios, y la deificación de la máquina y el éxito en nuestra propia cultura» (16).

Pero, ¿es posible lograr esa meta sin creer en Dios, como de hecho le ocurre a Erich Fromm? Es significativa la siguiente advertencia de un sociólogo de la cultura: «El nacionalsocialismo ya fue vencido, de manera que su retorno es imposible. Ningún ídolo sobrevive a una derrota semejante que destruyó, de manera absoluta, su mito en todas las clases. Pero el peligro de tales sustitutos de la metafísica no radica en su regreso bajo la misma forma. El mayor peligro debe buscarse en una *nueva* formación de un ídolo que necesariamente surge cuando se olvida la tarea de dar nuevas raíces espirituales al pueblo» (17).

Generalmente pensamos que el primer mandamiento del Decálogo es un precepto: «Yo, Yaveh, soy tu Dios (...). No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Éx 20, 2-3; Dt 5, 6-7). Pero lo que suena como un precepto es en realidad una bendición y una promesa: Ya no necesitas tener otros dioses delante de mí, no necesitas tomarlos en serio, ni temerles, ni pagarles tributo. Los neófitos, decía San Juan Crisóstomo, conquistan la libertad: «Ya no se postrarán ante los ídolos, valorarán a las piedras como piedras y a la madera como madera» (18).

(16) Fromm, Erich: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 16.ª ed., 1983, p. 290. En términos semejantes se expresaba en *Seréis como dioses*, Paidós, Buenos Aires, 1971, p. 49.

(17) Müller-Armack, Alfred: *El siglo sin Dios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 166.

(18) Juan Crisóstomo: *Octava catequesis*, 15 (*Las catequesis bautismales*, Ciudad Nueva, Madrid, 1988, p. 150).

También dios puede convertirse en un ídolo

HASTA ahora hemos hablado de la *idolatría por sustitución*, condenada por el primer mandamiento: «No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Éx 20, 3; Dt 5, 7). Pero existe también una *idolatría por perversión*. Cuando los israelitas en el desierto fabricaron el becerro de oro no pensaban estar ante una nueva divinidad. Expresamente Aarón les dijo al presentárselo: «Éste es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto» (Éx 32, 4). Podemos creer que adoramos al único Dios cuando en realidad estamos adorando una imagen falsa elaborada por nosotros mismos sobre la que proyectamos nuestros deseos e intereses. Por eso el segundo mandamiento es inseparable del primero: «No te harás escultura ni imagen alguna (de tu Dios)» (Éx 20, 4; Dt 5, 8).

Quizás debamos dar la razón a Freud cuando decía: «Todos los cristianos fueron, en cierto momento, «mal bautizados»; bajo un tenue barniz cristiano siguen siendo lo que eran sus antepasados, adoradores de un politeísmo bárbaro» (19).

Así, pues, existen también idolatrías teológicas —San Agustín llama «ídolos del corazón» a los productos de nuestra imaginación aplicados a Dios (20)—, y pueden ser todavía más peligrosas que las idolatrías materiales porque, creyendo que ya estamos adorando al verdadero Dios no llegaremos nunca a Él.

¿Hará falta decir que también las idolatrías por perversión pueden exigir sacrificios humanos (inquisición, cruzadas, etc.)? Voy a terminar con un famoso texto de Martin Buber: «Dios es la más abrumada de cargas de todas las palabras humanas. Ninguna ha sido tan envilecida, tan mutilada. Las generaciones de los hombres han desgarrado la palabra con sus partidismos religiosos; por ella han matado y han muerto por ella; ella lleva las huellas de los dedos y la sangre de todos. Es cierto, los hombres dibujan caricaturas y escriben debajo «Dios»; se asesinan unos a otros y exclaman «en el nombre de Dios». ¡Qué comprensible resulta hoy que

(19) Freud, Sigmund: *Moisés y la religión monoteísta* (*Obras Completas*, t. 3, Biblioteca Nueva, Madrid, 3.ª ed., 1973, p. 3296).

(20) Agustín de Hipona: *Sobre el Evangelio de San Juan*, trat. 19, núm. 1 (*Obras Completas*, t. 13, 2.ª ed., 1968, p. 431).

algunos sugieran permanecer en silencio durante algún tiempo respecto a las «cosas últimas», para que las palabras mal empleadas puedan ser redimidas! Pero *así* no se las puede redimir. No podemos limpiar la palabra «Dios» y no podemos devolverle su integridad; lo que sí podemos es, profanada y mutilada como está, levantarla del polvo y enderezarla una hora al menos con el máximo cuidado» (21).

(21) Buber, Martin: *El eclipse de Dios*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970, pp. 13-14.